

Bordart le examinó con curiosidad y á la vez con desconfianza.

Pero siempre agrada encontrar quinientos francos prestados á un amigo y que se creen perdidos.

—Vamos—dijo levantándose.

IX

Han pasado quince dias.

El doctor Fabregues los había aprovechado bien.

La casa de las señoras de Breville le había abierto sus puertas y él abusaba de esta conquista.

Casi todos los dias volvía con uno ó con otro pretexto al Grand Hotel, á la hora en que Bordart y el barón D'Aubagny no habían salido de casa.

Pablo D'Aubagny veía fracasar definitivamente sus proyectos sobre la hermosa empleada de la casa Delivet.

Elena Brunoy, la bella Elena, como la llamaban amistosamente sus compañeras, había dado su palabra al doctor, y aunque á disgusto, estaba decidida á cumplirla. Después de todo, seis meses transcurrirían pronto. Suponían el sacrificio del estío, y los meses de estío para esta legión de obreras tan elegantes, tan ligeras, tan coquetas y tan sonrientes, á pesar de tantas privaciones, son más cortos que los del invierno, porque la primavera, el estío y el oto-

ño, componen en nuestro clima la época alegre, resplandeciente y florida del año.

La hermosa joven había tomado valerosamente su partido sin gran esfuerzo, á despecho de los horizontes dorados, tranquilos y rientes que el barón presentaba á sus ojos.

Cuando él se presentó en el almacén, la joven aplazó indefinidamente su resolución, indicándolo así con un signo.

Y como él insistiese para conocer la causa de su resistencia en el instante en que él creía asegurado el éxito, ella le respondió con esa malicia propia de las muchachas de su clase:

—Os lo diré dentro de seis meses.

—¿Por qué ese aplazamiento?

—En seis meses menos un dia, el veinte de octubre próximo.

—¡Vaya un capricho!

—Lo he prometido. Tened paciencia.

—Sea—dijo el barón.—Nos veremos dentro de seis meses.

Y sacando su elegante cartera, anotó esta fecha fatídica:

«Veinte de octubre próximo.»

—¡Ah! Si hubiera sabido que el obstáculo que se interponía á su paso era aquel doctor gascón, intrigante, que tan antipático le era, con qué ardor hubiera trabajado para destruirlo.

Pero estaba lejos de sospecharlo.

El doctor Fabregues proseguía entre tanto su obra pacientemente, ingeniándose para apo-

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEON
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

derarse cada día más de la confianza de las dos mujeres que nada sospechaban de él.

Todo le servía en esta campaña, hasta el sobrenombre de Mont Dore que sus amigos y camaradas le habían puesto, más por mofa que por honor.

A los ojos de la señora de Breville parecía personificar aquellas célebres aguas de las cuales esperaba la curación de su sobrina.

La habitación de las dos damas en el Grand Hotel daba á la calle Scribe.

El cinco de mayo, á las once, el doctor Fabregues subía la escalera deprisa; en el primer piso siguió por largos corredores y llegado á la puerta de la habitación llamó discretamente.

La respuesta no se hizo esperar.

Se abrió la puerta de un vestíbulo y una voz dulce, de timbre débil como esas disonancias musicales que expresan el dolor, le dijo:

—¿Sois vos, doctor? Pasad.

Matilde Morel estaba sola.

—Mi tía ha salido hace un instante con la camarera y no tardará en volver.

Y añadió suspirando:

—Además, nadie puede murmurar de una enferma que recibe á su médico.

El gascón no ignoraba la ausencia de la tía. La había visto desde el café de la Paz, donde estaba sentado hacia una hora, montar en un coche y alejarse hacia la avenida de la Opera.

—¿Cómo os encontráis esta mañana?—preguntó con interés. —Mejor. ¿Es verdad?

—Sí, doctor; me encuentro más fuerte, con menos opresión, gracias á vos.

El movió la cabeza con modestia.

—No, gracias á Dios—dijo.

—Lo que recetáis me alivia mucho.

—¡Si supierais—continuó diciendo la joven, obligándole á sentarse en un sillón, mientras ella permanecía en pie ante él,—cómo os agradezco el interés que tomáis por mí!

El guardó silencio por el pronto.

La miró fijamente durante medio minuto con aquellos ojos, negros como carbones, en los que brillaba una llama tan viva, y la joven bajó la cabeza.

Los médicos tienen estos privilegios. Se puede creer que con auxilio de esas atrevidas miradas quieren buscar la enfermedad para exterminarla en su raíz.

—¡Oh!—dijo al cabo de un instante.—¿Quién no se interesaría por vos, tan joven, tan encantadora, tan digna de solicitud? Daría diez años de mi vida, mi vida entera, por evitaros un sufrimiento.

La joven se puso más pálida de lo que estaba de ordinario, pero no dijo nada.

Fabregues acababa de quemar sus bajeles.

Luego prosiguió con calor:

—Es necesario perdonarme mi atrevimiento. Desde que os vi, juré salvaros, devolveros la salud, emplear todos los medios para conservar ese tesoro de gracia y bondad que en vos existe. Sería preciso ser un salvaje para no admi-

rarlo, y perdonadme esta confesión, carecer de corazón para no amarlo.

Había pronunciado con voz alterada por la emoción esta frase, en la que jugaba su porvenir.

La joven podía con una sola palabra destruir todas sus esperanzas.

No la pronunció.

Se había dejado caer sobre una silla, y con la frente sostenida por su mano derecha, los ojos medio cerrados, parecía meditar.

Fabregues hizo un gesto enérgico.

Perdón—prosiguió.—Estoy irritado contra mí mismo y conozco que debe indignaros mi audacia. Es involuntaria. Llega un momento en que el vapor hirviente hace estallar las calderas más fuertes. Después de todo, nada tengo que temer; mi secreto se me escapa. Pero ¿no sois libre para hacer lo que os parezca bien, y arrojarme de vuestro lado si tengo la desgracia de desagradaros?... ¿Es, acaso, faltar á una joven decirle que se la ama? No temo más que una cosa. Sois rica y podríais pensar que solo una odiosa avaricia me ha impulsado á esta confesión; que no sois vos, sino vuestra fortuna quien me atrae. ¡Qué error!... Yo no desprecio la fortuna... quien diga eso miente. Es buena, aunque solo fuese para rodear de bienestar á los seres queridos, para hacer bien á los que sufren; pero tengo el orgullo de decir que me siento muy por cima de tales acusaciones. La ciencia me proporciona una posición que me

basta, y la bendigo doblemente por esto, y sobre todo porque á ella debo el haberos encontrado; porque ella me permite conocer el mal y poner el remedio. Desde el día en que os ví y la casualidad os puso en mis manos, he perdido una tranquilidad antes no turbada por nada. He pensado que sois la mujer soñada por mí y que no puedo probaros mejor mi amor que devolviéndoos la salud y consagrándome por entero á esta obra de salvación. ¡Qué insensatos somos los hombres! Nos creemos fuertes, capaces de permanecer impasibles ante una mujer, de no dejar escapar las frases imprudentes que pugnan por salir, y desde el primer instante se revela nuestra debilidad, la confesión se escapa de los labios y nos vemos obligados á reconocer la vanidad de nuestros juramentos. Señorita, tenéis el derecho de disponer de mí. Os amo, soy libre y no tengo más que un deseo: consagraros mi vida. Destruid mis esperanzas, si queréis. Por eso no dejaré de ser vuestro servidor, vuestro amigo fiel, dispuesto á todo por complaceros y del cual podéis exigir todos los sacrificios, segura de que no os faltaré jamás al respeto y que solo perseguiré un fin: vuestra salud, y no tendré más que un deseo: vuestra felicidad. Se expresaba con ardor contenido, con calor comunicativo, que poco á poco ganaba para su causa á aquella desheredada del amor, á la que sus amigos de la infancia solo habían manifestado compasión, viéndola condenada sin esperanza de salvarse.

Por la primera vez oía vibrar en sus oídos estas palabras tanto tiempo deseadas: « Os amo. »

Y al encanto que esta frase tiene para todas las jóvenes, se unía para ella otra dulzura que le acariciaba el corazón: la esperanza.

Demasiado discreta, conocía su estado y los temores que inspiraba á los que la amaban, á pesar de las precauciones que adoptaban.

Sin vacilar, el doctor Fabregues había expresado su confianza en la curación, y desde aquel instante, la enferma se adhirió á él con la energía de la desesperación.

Había encontrado fuerzas en su profunda mirada, sintiéndose fascinada y arrastrada hacia él por irresistible fuerza.

Hubo unos instantes de silencio.

Por fin ella se levantó lentamente, y mirando al doctor, le dijo:

—¿Así me amáis?

—¿Me lo preguntáis?

—¿Me amáis?—repitió ella.—¿Y consentiréis en casaros conmigo, enferma como estoy?

Entonces él sacó del bolsillo una carta, dirigida á la señorita Matilde Morel, y se la entregó.

—Tomad; hace ocho días que está escrita y no me atrevía á enviárosla.

—¿Por qué?

—Por miedo de turbar vuestro reposo.

—¿Pero hoy?...—insinuó ella.

—¿Queréis que sea franco y me ofrecéis tener valor para escucharme?

—Hablad.

—Hace ocho días no esperaba nada en esa salud por la que lo sacrificaría todo en el mundo... Había varios síntomas que me inquietaban... No eran más que síntomas—añadió sonriendo.

—¿Y hoy?

—Hoy respondo del porvenir.

En el rostro de la joven se pintó la alegría más intensa.

—Leeréis esta carta—continuó él,—y por ella conoceréis mis sentimientos; después decidiréis de mi suerte. Por la vuestra, señorita, si seguís mis consejos, nada tenéis que temer. Cualquiera que sea vuestra decisión, me perdonaréis. ¿Es culpa mía que seáis hermosa y que la casualidad ó Dios os haya puesto en mi camino? Os dejo: mi carta hablará por mí. Si queréis verme, me llamaréis.

Había cogido una mano de la enferma, que ésta le abandonó amistosamente.

Estaba impresionada por la hermosura que se revelaba en las frases y en el acento del doctor.

—Tenéis un poco de fiebre—dijo éste.—Es efecto de la emoción. Si por mi causa sufriésteis un solo minuto, no me lo perdonaría jamás.

Ella le miró sonriendo.

—No temáis—dijo;—esto ha pasado. Separémonos, porque mi tía volverá de un momento á otro. Dejadme cobrar alguna calma. Hasta la vista.

Se levantó al decir esto y acompañó al doctor hasta la puerta.

—Hasta la vista—le dijo de nuevo con acento lleno de dulzura.—Reflexionaré.

—¿Leeréis mi carta?

—Os lo prometo.

El se alejó suspirando. Ella cerró la puerta detrás de él y fué á sentarse cerca de la ventana, teniendo en la mano la carta.

Se sentía feliz en aquel momento.

Fabregues acababa de representar su escena de amor, preparada desde hacía días, como un gran cómico.

La joven permaneció unos instantes como extasiada, mirando hacia la calle, sin pensar más que en aquel hombre que había roto la monotonía de su existencia.

Iba á abrir la carta, cuando sonó de nuevo la campanilla del vestíbulo.

Se levantó trabajosamente, atravesó el salón y abrió la puerta por donde Fabregues había salido momentos antes.

De repente lanzó un grito de alegría.

—¡Tú!—dijo.

X

El recién llegado era un joven rubio, con el pelo cortado á lo militar, de ojos azules y franca mirada.

Todo indicaba en él al oficial de caballería,

ese tipo tan francés que es conocido al primer golpe de vista.

Se detuvo algunos segundos delante de Matilde; la examinó con una ternura que no podía ser simulada; sonrió, y cogiéndola por el talle, la levantó á la altura de sus labios como si fuera una paja y la besó ruidosamente en las mejillas; después la sentó en un diván, y él volvióse á cerrar la puerta.

—¿Estás sola?

—Mi tía ha salido á hacer algunos encargos.

—¿Y tu doncella?

—Se la ha llevado.

El militar se sentó frente á la joven.

Era el teniente de artillería Pedro de Bures.

Al oír la campanilla, Matilde había ocultado en su pecho la carta que se disponía á leer.

—¿Desde cuando estás en París?—preguntó la joven á su primo.

—Acabo de llegar. Mi primera visita es para vosotras.

Y añadió en voz baja y temblorosa:

—¡Para tí!

La joven experimentó un ligero estremecimiento, y fijó su mirada en el militar.

—¿Por qué vienes á París?—le preguntó como si tratase de escudriñar en lo íntimo de su pensamiento.

—¿Por qué?—replió él.—¡Vaya una pregunta! Por verte.

—¿Estás impaciente tal vez?

Yo... al contrario. ¿Por qué lo había de es-

tar?—dijo procurando dar á su voz un acento tranquilo.

—Por mi salud.

Las noticias que he recibido no son para eso. Tu tía, ó por mejor decir, tu madre, porque te quiere como á una hija, me las ha dado.

—¿Buenas?

—Excelentes.

—¿Y has venida enseguida?

—Ciertamente.

¿Tienes permiso?

—Muy corto.

—¿Cuánto tiempo?

—Veinticuatro horas.

La mirada de la enferma se oscureció.

—Muy corto es, en efecto. ¿No hubieras podido conseguirlo más largo?

—No. Se nos hace trabajar de firme.

—¿Cuándo serás capitán?

—Hablemos de tí —dijo él cogiéndole las manos.—Tienes buen aspecto, vas recobrando los colores.

—No mucho.

—Sí, sí... Cuando no se vé á las personas en algún tiempo, es cuando se advierten bien los cambios. Tú estás mejor, positivamente mucho mejor. ¿Y el apetito?

—Siempre poco.

—¿Y la calentura?

—Se presenta rara vez.

—Buena señal...

El procuraba animarla. Se notaba en sus

frases una gran ternura, un afecto profundo, uno de esos cariños sublimes y sencillos á la vez, que lo hacen sacrificar todo por el bien del objeto amado.

Sus ojos parecían acariciar á la pobre niña; sus manos robustas estrechaban las de ella con dulzura paternal, con cariño de hermano.

—¿Qué pensáis hacer este verano?—preguntó al cabo de un instante.

—No hemos decidido nada. Nos aconsejan ir á Mont-Dore...

—¡Calla! Buena idea. Seremos vecinos.

—¿Cómo?

—Se trata de enviar el regimiento de Auxerre á Clermont-Ferrand, que está muy cerca de Mont-Dore.

—Entonces te veremos, Pedro—dijo la joven.

—Sin duda, sin duda. ¿Te disgusta París?

—Como los demás sitios.

—Siempre estás melancólica.

—Siempre padeciendo, amigo mío.

—Exageras. Hay que desechar las ideas tristes, esas mariposas nocturnas que revolotean alrededor de esta hermosa cabeza.

—¡Oh! ¡Hermosa!

—Seductora... Te lo juro. ¿Y tu tía, cómo está?

—Siempre la misma... ¡Pobre mujer! Se desvive por distraerme... renuncia á sus costumbres, abandona su querido Breville para encerrarse en el cuarto de una fonda, porque el aire

de París es mejor para mí, y en realidad porque se tienen más á mano á los médicos que necesito... ¿Es que yo no adivino todo lo que se me procura ocultar con tanto cuidado?...

—¡Pobre niña!—exclamó el oficial—no sabes lo que daría por arrancarte esas preocupaciones. Tu tía ha tenido siempre afición á París. Te quiere como te queremos todos. A tu edad se necesita ver el mundo, distraerse de ciertas ideas propias de espíritus soñadores.

—¿Qué ideas?—preguntó ella, procurando sonreirse.

—Ideas muy naturales... La de casarse, por ejemplo.

—Eso será para tí... pronto cumplirás treinta años.

—¡Oh! veintiocho todo lo más.

— Te casarás algún día.

—¡Yo!—dijo él con asombro.—Te aseguro que no he pensado en ello... En la existencia militar no nos ocurren esas ideas. Hay bastante que hacer para ocuparse del matrimonio... Y después, llevar á una mujer de guarnición en guarnición, de Auxerre á Clermond, por ejemplo, no es un problema facil. Y si por acaso estallase la guerra, como sucederá el día menos pensado, ¿crees que podría afrontar las balas de los enemigos, pensando que dejaba en un rincón una mujer amada que me lloraría y tal vez tiernas criaturas que llamarían en vano á su padre con plañidera voz? ¡Imposible! Soy de los que creen que el soldado debe tener el

espíritu libre para arriesgar el pellejo. Así es que yo, seguramente no me casaré nunca, ¿lo entiendes, Matilde? Nunca.

Dijo estas palabras sin poder dominar su emoción, á la vez que oprimía la mano de la joven, que aún conservaba entre las suyas.

—Pedro—dijo ella con voz alterada y mirándole fijamente,—¿dices la verdad? ¿No te casarás nunca?

—Es probable.

—¿Nunca?... ¿Y no tienes para ello otra razón que la que me has dicho?

—¿Cuál otra podía ser?

—¡Qué sé yo! Respondeme.

—Ninguna—dijo él, mordiéndose los labios.

—Para mí, los militares son como los artistas: no deben casarse, y entre los militares cuento á los marinos. ¿Comprendes tú un marino cuya mujer se quede en Cherbourg ó en Tolón, mientras que él está en Saigon ó en las Antillas?

—¿De modo que estás decidido?

—Completamente. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, por hablar.

De pronto la joven cambió de conversación.

—¿Pasarás con nosotras el día?

—Si tú no me despides. No he venido á otra cosa.

—Mi tía se alegrará de veras. Siente por tí gran afecto, debilidad...

—No más del que yo le profeso á ella. Es tan buena...

—Es verdad: un corazón de oro. Entonces almorzaremos juntos. Voy á arreglarme un poco.

—Yo te hallo hermosa de todos modos. Quédate; aun tienes tiempo. Es tan agradable tu conversación, es tan bueno hablar ingenuamente...

La joven se encogió de hombros como diciendo: «¿Para qué, si no escucho las palabras que me harían feliz?»

Comprendía él el sentimiento que arrastraba á la joven á su lado.

Quizá, porque se llevó la mano á la frente y se irguió como quien adopta una resolución difícil.

Pero le detuvo un golpe de tos débil que llegó á sus oídos: entonces miró á Matilde, viéndola llevar á sus labios un pañuelo de batista, que retiró teñido con una mancha rosada.

—¡Ah!—pensó—todo ha acabado. La amo demasiado para verla sufrir.

Volvió la cabeza para enjugar dos lágrimas que resbalaron por sus mejillas.

En aquel instante se oyó el ruido de una llave en la puerta del vestíbulo y apareció la señora de Breuille.

El oficial corrió hacia ella y la abrazó cordialmente, mientras la joven decía:

—¿Sabes tía, que Pedro ha venido solamente por vernos? Almuerza y come con nosotras. Voy á vestirme para salir.

Y se dirigió á su tocador, situado á un lado de la sala, pensando:

—¡No me ama! ¡No me ha amado nunca! El oficial y la tía quedaron solos.

—¿Y bien?...—preguntó el joven.

—No hay esperanza. Los médicos nos engañan por compasión, pero tiene la enfermedad de su madre. ¡Ah, Pedro! ¡qué vida! ¡Emplear todos los recursos para engañarla sin conseguirlo; mentir á cada paso; inventar pretextos, representar una comedia con el corazón desgarrado! ¡Hago cuanto puedo por endulzar los últimos meses, quizás las últimas semanas de vida que le quedan!

El oficial estrechó la mano de la pobre mujer cuyo sincero y profundo dolor apenaba.

—¡Y pensar que es tan buena, tan dulce, tan angelical esta criatura. Valía más que no hubiese nacido.

—Es verdad.

—¿Has venido á verla?

—A ella y á vos. He pedido permiso á mi jefe y me lo ha concedido con mucha dificultad. Si no fuese tan severo, vendría más veces.

—Tu también, tu representas tu papel, Pedro—dijo la baronesa mirando frente á frente al oficial.

—¡Yo!

—Si no vienes más á menudo, no es porque tu jefe sea muy severo.

—¿Por qué es?

—Porque te es muy violento estar al lado de

ella y no decirle lo que siente tu corazón.

El oficial se puso encarnado.

—Tu la amas...

—¡Oh! no se os puede ocultar nada. Sí, la amo con toda mi alma. ¿Qué queréis? Esto será mi desgracia. Es la fatalidad. Mis camaradas conocen mi tristeza, y cuando me preguntan, les contestó que hay un dolor en mi existencia. Podría decir una desesperación... La de no poder salvar á esta criatura que nos va á ser arrebatada por una enfermedad terrible.

—¡Ah! — exclamó después. — Pensemos en otra cosa. He hecho mal en venir. Soy hombre y no puedo resistir esta pena,

En esto apareció Matilde.

Estaba soberbia con traje de primavera color de lila claro.

—¿No creéis—preguntó—que yo también produciría mi efecto?

Y se adelantó con continente regio, seguida de su doncella, que llevaba al brazo la pelliza y en la mano un sombrero apropiado al traje.

—Por vos—dijo ceremoniosamente á su primo—he hecho este exceso.—¿Cómo me encontráis?

—Encantadora.

—¿De modo que no os avergozaréis á mi lado?

—¡Loca!—murmuró el oficial.

—¡Hablemos formalmente! — dijo ella. — ¿Adónde vamos?... Yo soy la que os hace los honores. ¿Lo permitís, tía?

Pasaron revista á los restaurants de moda. Uno era muy triste y solitario; el otro demasiado concurrido.

Ella afectaba sonreirse, no encontrando nada apropiado para aquella pequeña fiesta, como si comprendiese que sería la última, ó conservase una ligera esperanza de arrancar á su primo la declaración que ella habría pagado con su vida.

Al fin se decidió por Durand.

—¡Durand!... Sea—dijo la tía.

El almuerzo fué casi alegre.

El oficial ocultaba sus inquietudes y sus tristezas. Habló de su regimiento, de las historias del gran mundo, de Breville y de Bures, su posesión, casi abandonada ahora, y de los buenos ratospasados allí.

Procuró levantar el ánimo de su prima, abatido á pesar de los esfuerzos por reanimarla.

Debió tomar el tren de la noche.

Un paseo en coche al bosque, algunas visitas á las tiendas, abreviaron el tiempo.

Después de cenar en el Gran Hotel, la tía y la sobrina acompañaron al joven hasta la estación del ferrocarril.

La despedida fué silenciosa.

¿Qué les quedaba por decir á los dos jóvenes?

Pedro Bures se decía que el matrimonio estaba vedado á aquella joven rubia, próxima al sepulcro y sobre la cual extendía la muerte sus huesosos y descarnados dedos.

Pensaba además que sería un crimen hablarle de amor; que había que dejarla extinguirse en paz, rodeada de la maternal solicitud de su tía.

Llevaba en su corazón la imagen lastimosa que iba descendiendo por grados á ese abismo de la eternidad, que nadie ha sondeado todavía, jurándose á sí propio serle fiel, no tener nunca otro ídolo que ésta, á quien adoraba en secreto y el cual le prohibía el honor revelarla el culto de que era objeto.

Ella, al contrario, engañada por las apariencias, creía en la amistad sincera de aquel compañero de su juventud, en su cariño fraternal, exento de aquella llama que ella hubiera querido ver brillar en sus ojos.

Al abandonarle, resbaló por sus mejillas una lágrima de despecho. Si hubiese podido seguir al oficial cuando éste se encerró en su departamento, hubiera comprendido la causa de su reserva y apreciado por lo intenso de su dolor la inmensidad de su cariño.

Hay en la vida aberraciones así.

Esta debía decidir de la suerte de la pobre joven.

Al subir de nuevo al coche con su tía, cayó presa de verdadera consternación.

Aquel hombre que se alejaba, aquel amigo de sus juveniles años, era el objeto de sus esperanzas y de sus sueños de virgen.

Ausente él, no le quedaba nada.

Conocía sus propósitos. No quería casarse,

no se casaría nunca. Lo había dicho así, con toda crueldad, á ella misma.

¡Ay! Ella comprendía demasiado la causa. ¡Cómo iba él á unir su vigor, su salud, su fortaleza y su elegancia, á la que en la flor de su edad estaba convertida en una ruina?

Su tía notó su abatimiento.

Muchas veces en el trayecto de la estación de Lyon al boulevard de Capuchinos, consernada por las lágrimas que se deslizaban silenciosamente por el rostro de Matilde, le había preguntado con maternal solicitud:

—¿Qué tienes?

Sin obtener más que esta respuesta:

—Nada, tía mia, nada.

Pero tenía destrozado el corazón.

Al penetrar en su habitación, se arrojó al cuello de la excelente señora y la abrazó como una desesperada.

Necesitaba estar sola.

Se encerró en su gabinete, encendió el gas cerca de su lecho, tomó la carta del doctor Fabregues y se dispuso á leerla.

Pero su pensamiento estaba en otra parte, y viéndolo retratado en su imaginación el rostro de su primo, murmuró:

—¡Cuánto le habría amado, si él hubiera querido!